

## VI

MISS ARBURY

Tan pronto como los delegados federales y sus acólitos penetraron en el subterráneo, la Reina del Aquelarre, que había permanecido, como ya lo dijimos, en la iglesia de los Agustinos, hizo una señal á Magno y á Juanillo, quienes le trajeron á Darío. De un salto colocóse en la silla. Otra señal y la rodearon los bohemios. Explicóles que les dejaba encomendada la vigilancia del subterráneo con orden de no permitir que nadie saliera de él. Pronto volvería á relevarlos de esa guardia. Luego, completamente tranquila por ese lado, alejóse, seguida por sus inseparables acompañantes. Antes de partir, Juanillo, que no había cesado un momento de vigilar la puerta funeraria que se abre en el centro del monumento de Canova, creyó ver de nuevo que algo ó alguien se movía allí dentro.

Cuando se hallaron afuera y un llamamiento bien conocido, despidió Darío como un rayo y Juanillo sólo tuvo tiempo de poner en movimiento la larga mecánica de sus piernas y el enano paralelepípedo *de convertirse en rueda*.

La Reina del Aquelarre, seguida por ese extraño séquito atravesó como bomba por calles y avenidas. A su paso encuentra patrullas que escuchan aturdidas el santo y seña y miran pasar, estupefactas, á aquella amazona cuya cabalgadura arranca á las piedras con sus cascos fulgores de oro, á ese largo joven desmierrado que corre con tanta velocidad como un caballo al galope y á *esa cosa humana que da vueltas como una rueda de ferrocarril*.

A ese paso pronto llegaron á la calle del Agua del Emperador.

Stella lanzó una mirada furtiva al balcón de Myrrha y pensó que á algunos pasos de distancia reposaba Reginaldo, gracias á su previsión. Luego internóse en la bóveda de « Lanas y colchones ». Entregó las riendas de Darío al enano, atravesó el patio de « la colchonerita » y montó una escalera. A una señal de Magno, lanzóse Juanillo en pos de Stella. Al llegar ante la puerta « del despacho comercial de la colchonerita » se detuvo Stella, volvióse hacia Juanillo y ordenóle dijera á Magno que llevara á Darío á la caballeriza. Luego penetró en el despacho y cerró la puerta tras ella.

Juanillo quedóse allí, plantado sobre sus piernas, temiendo que si se alejaba, aprovechase su ausencia la Reina del Aquelarre para sustraerse de nuevo á su vigilancia. Preferible es no bajar. Abrió la ventana del corredor que daba sobre el patio y cruzó algunas frases con Magno, quien se alejó cabresteando el caballo y prometiéndole que regresaría inmediatamente, lo cual hizo diez minutos después. Juanillo permanecía en su puesto. Instaláronse allí los dos compadres tan confortablemente como lo permite un enmaderado sobre el cual no hay ni siquiera un tapiz. Hallábanse decididos

á esperar al Dios rubio hasta que le diese la real gana de salir... Largo tiempo debían esperar.

Tan pronto como « la colchonerita » se halló en su casa, corrió hacia un enorme armario que ocupaba todo un lado del muro en la pieza del despacho. Encerróse cuidadosamente en ese armario.

Adentro iluminaba aquel extraño guardarropía un bombillo eléctrico y resultaba el armario un muy confortable gabinete de aseo. Trajes de todas formas y colores, tanto masculinos como femeninos, en una palabra, con que poder vestir lo mismo á un hombre que á una mujer con todas las modas de Austrasia, colgaban en orden perfecto, con pelucas y calzado especiales.

En un instante desembarazóse Stella de todos los atributos y arreos del Gran Coesre y vistió el traje á cuadros, la capa escocesa, la peluca bermeja, adornó la nariz — de antemano pintada en bermellón — con un enorme par de antiparras, que no le daban semejanza con la directora del *Home* á donde penetramos tras el Caballero sin Nombre, sino que la hacían idéntica á la propia directriz del « *Home* ». Porque al mismo tiempo que vestía el traje, su cuerpo tomaba el aspecto enfermizo y enclenque del de la directora.

Y todo ello fué hecho con rapidez que seguramente le habría envidiado en nuestros días un Fregoli.

Contemplóse en el inmenso espejo que se hallaba en el fondo del armario y satisfecha de su rápida transformación, tocó un botón disimulado tras de los vestidos que colgaban del muro y se abrió una puerta.

La miss, como le decían en el *Home*, abandonó la vivienda de « la colchonerita » donde nada más tenía que hacer y pasó á los locales del *Home* donde la esperaba con impaciencia una dama de fatigado semblante

y que parecía prematuramente envejecida, á la cual ya hemos oído llamar : Milly.

El muro se cerró tras de miss Arbury restableciendo la separación que se impone entre dos casas comerciales que se ocupan de asuntos tan diferentes! ¿Cómo establecer relación entre una joven y encantadora colchonerita y una honorable y vieja miss, que generalmente se ocupa en colocar viejas solteronas en casas donde hay niños?

Eran tan diferentes que nunca se vió á miss Arbury hablando con « la colchonerita »

— ¿Todo está listo, Milly?

— Si, ama, todo está listo. He aquí los papeles. Pero tenéis mucha demora. ¿Llegaréis á tiempo?...

— Escucha, Milly! He deseado tener esos papeles por si el emperador dudara todavía; mas no creo que dude, Milly! Francisco debe tener urgencia de vengar á su triste hijo.

— Qué muerte tan horrorosa!...

— Calla!... ¿Acaso tenemos derecho para com, adecerlos?... ¿Los compadecerás el día en que yo venga á mi padre y á mi madre? Milly! Milly!... acuérdate de que mi padre murió maldiciéndote porque te creyó traidora!

— Sólo vivo por vengar su muerte!

— Entonces deja á ese pobre Bautista *vangar tranquilamente á sus muertos como mejor le plazca...* ¿Viste hoy al Caballero Sin Nombre?

— No señora... y yo lo prefiero; porque no me gusta que venga cuando estoy sola... me da miedo...

Miss Arbury, que hojeaba apresuradamente los papeles traídos por Milly, levantó la cabeza y dijo:

— A mí también, Milly!...

— ¿Jamás habéis tenido la curiosidad de indagar

quién es el Caballero Sin Nombre? preguntó Milly con voz insegura...

— Jamás.. No quiero saberlo. . Escucha!... Escucha, Milly!... No quiero saber quién descarga los golpes en casa de mi tío!... *Bien sé que en algún lugar del palacio se halla el brazo derecho de Bautista...* Pero eso no me importa! ¿Te enteras?... El verdugo de Bautista me tiene sin cuidado á mí que soy la Reina del Aquelarre! A cada cual su tarea! A cada cual su recompensa, Milly! .. Y Dios con todos... Dios ó el diablo .. con « los dos y cuarto! »

Dicho esto, miss Arbury lanzó un grito de alegría salvaje mientras agitaba con la mano una hoja del expediente que tenía delante :

— Ah! ¿Crees que no tengo de qué ocuparme? Aquí figuran algunos cuyas cuentas no están saldadas. A estos los he condenado yo á muerte! ¿te enteras, Milly? Quizás estén ya castigadas su cobardía, su codicia y su traición. Y si aun no lo está, si el emperador aun duda, .. yo les descargaré el último golpe!... ¿Quién te trajo este papel, Milly?

Y miss Arbury se envolvía ya en el manto que le alargaba Milly y ataba en rollo los documentos que se hallaban sobre la mesa.

— La institutriz de los Haortzeg, señora.

— La pequeña Théo! No olvides darle una gratificación de cien florines!... ¿El coche está enganchado, Milly?

— Sí señora, desde hace más de una hora...

Las dos mujeres salieron del *Home* por una puerta que se hallaba en la parte trasera de la Kaiserwassers-trasse. Allí encontraron, como lo anunció Milly, un coche tirado por dos caballos que las condujo rápidamente hasta el centro de la ciudad. Atravesaron el

puente de María Teresa y detuviéronse ante un gran edificio en cuyas puertas vigilaban sendos soldados con bayoneta calada. Era la dirección general de la policía. Las dos mujeres apeáronse del coche y separáronse. Milly regresó á pie por la María-Thereseustrasse mientras miss Arbury daba el santo y seña al soldado que vigilaba la escalerita que conducía al segundo piso y entraba al despacho del « Herr director: »

... En aquel mismo momento comenzaban á intrigarse los señores delegados en el fondo del subterráneo al ver en la capilla un espectáculo tan inesperado. Reginaldo amenazó con levantarle la tapa de los sesos al conjurado que manifestara con excesiva ostentación los temores que lo agitaban...

... En el despacho del director general de la policía no halló miss Arbury al « Herr director » sino á su jefe, el Señor de Riva en persona, ministro de policía y de todos los servicios de seguridad del imperio. La esperaba con impaciencia porque le dijo al divisarla :

— Por fin llegáis, miss Arbury! ¿Traéis lo que me prometisteis?

Por toda respuesta entrególe miss Arbury el rollo de papeles que le había entregado Milly.

Leyólos Riva, fijó su atención especialmente en una ó dos cartas y luego dijo :

— Magnífico! ¿ Mi coche está en la puerta?

— Hasta aquí me condujo, respondió Miss. Según parece me aguardó durante más de una hora en el *Home*.

— Efectivamente, porque me estaba devorando la impaciencia.. El emperador está anonadado por la terrible desgracia que lamenta, y aconsejado de nuevo por Brixen, no puede resolverse á dar el *ejemplo necesario...*

— Sin embargo todo se preparó en la capilla de la

corte para dar el *ejemplo necesario!* exclamó miss que se veía en dificultades para seguir á Riva, pues éste bajaba las escaleras con rapidez extraordinaria.

Subieron al coche que se dirigió hacia la Hofburg al galope magnífico de sus dos bestias fustigadas como caballos de simón.

— En el primer momento, su deseo de venganza igualó á su dolor, prosiguió Riva. El padre Rossi le anunció la catástrofe ayer noche, horas después de perpetrado el crimen. El emperador pasó la noche en Annagasse y allí fué á buscarlo el padre provincial, que no me explico cómo diablos pudo saber la noticia antes que nosotros, ni cómo pudo penetrar á aquellas horas en casa de *la Burguesa*. Parece que la entrevista fué de las más conmovedoras y que el emperador, en varias ocasiones, exclamó sollozando : « Jacobo! Jacobo! Jacobo! » Terminó la entrevista con una confesión. Y ahora tenemos al padre Rossi de confesor del emperador! No nos faltaba sino que se nos atravesaran los Jesuitas. ¿Qué opináis de ello, miss Arbury?...

Miss Arbury no respondió á la pregunta, pero interrogó :

— ¿Han encontrado la cabeza?

— No!

— ¿Qué dijo Ismaíl?

— Que cuando entró al cuarto de Mayerling *ya no estaba allí la cabeza!*

— ¿Los criados y las mujeres?

— Ya están bajo llave...

— ¿El conde y el príncipe?

— Juraron ante el emperador que jamás dirían una sola palabra.

— ¿Y acaso sabemos algo nosotros? dijo con gesto desabrido miss Arbury.

El ministro golpeó con la mano los papeles que llevaba.

— Con esto sabemos por lo menos que esos señores *son cómplices!* Ah! miss Arbury, no trocaría yo vuestra institución por los demás servicios reunidos de la policía imperial! A propósito, ¿sabéis que *la burguesa* desea una institutriz francesa para el chiquillo?

— Lo sé.

— Todo lo sabéis. ¿Y le podéis procurar lo que necesita?

— Sí...

— ¿Maliciosa, despabilada?

— No, pero buena muchacha y charlatana como una lora. Os dará cuenta de todo sin sospecharlo.

Llegaron frente al palacio imperial por la Michael-erplatz.

En breves pero elocuentes palabras expresó Su Excelencia el Señor de Riva á su más inteligente colaboradora la gratitud que le guardaba por la maravillosa idea que le comunicó de fundar un « Home » para colocar institutrices y ayas honradas en casas donde la policía tenía interés de poner dos ojos y dos oídos que le pertenecieran ó apacibles é inofensivas urraquitas como Berta que con la mayor inocencia del mundo revelaban á los esbirros de Riva los acontecimientos privados que presenciaban, gracias á las funciones de confianza que en esas casas ejercían.

Detenido el coche apeóse Riva y tomó por bajo una bóveda. Cuando miss Arbury perdió de vista á su jefe, se apeó también, dijo algunas palabras al cochero, dióle la vuelta al palacio en la dirección de la Augustinerstrasse, y de pronto, al pasar á lo largo de la alta muralla del Burg, desapareció...

En aquel mismo momento hacía su entrada solemne en la capilla de los Muertos la guardia húngara.

## VII

## LA PRINCESA REGINA

Había sido idea de Riva todo aquel aparato guerrero en la capilla de los Muertos. Y es de advertirse que el Ministro de Policía se interesaba más de lo que podemos imaginarlo en el feliz éxito de su plan. Habiéndose enterado de que la corte estaba amenazada por una infernal conspiración, cuyos objetivo y medios conocía imperfectamente, resolvió Riva atemorizar á sus enemigos ocultos con un golpe de audacia y de carnicería que los dejara desamparados durante largo tiempo. El asunto del subterráneo ofrecióle la ocasión que buscaba. Allí encontraría, reunidos para cometer un delito de lesa majestad, á un grupo de conjurados que iba á reducir á polvo. Y eran tales las circunstancias que nadie osaría reprobar la brutalidad de su acción. ¿No era su deber, acaso, defender al emperador? ¿Y este último no iba á ser atacado en su propio palacio? ¿No se hallaba turbado el orden público? Esto último se debía al buen cuidado que había puesto el Ministro en fomentar las barricadas, pero la gran ironía fúnebre consistía en ejercer el castigo final por manos de la

guardia húngara y de la artillería bosnia, con las cuales se podía contar en todo tiempo, pero que iban á disparar esa noche sin sospechar quiénes eran los enemigos.

Por otra parte, al tener conocimiento del asesinato de Mayerling, creyó Riva que le serviría el acontecimiento, más grandes fueron su cólera y su estupefacción cuando una vez pasado el primer momento de cólera y de desesperación, Su Majestad, á quien Riva creía haber probado suficientemente la complicidad de los conjurados en el asesinato del príncipe heredero, no ratificó *plenamente* el trágico proyecto del Ministro de Policía... Este persistía en sospechar la intervención de Brixen cuya política se amedrentaba ante cualquier medida rigurosa y con mayor razón ante la simple y sencilla desaparición de los enemigos con los cuales tenía á mucha vanagloria poder tratar. Lo cierto del asunto es que la irresolución del emperador le venía de sí mismo, de su corazón, de su conciencia, de sus remordimientos, juzgábase el único culpable y sabía perfectamente á qué debía atribuir aquella venganza que descargaba golpes incesantes en su derredor. Y temía suscitar otras venganzas castigando sin fórmula de juicio á gentes que le presentaban como cómplices del más abominable de los crímenes y que tal vez eran inocentes. Exigió nuevas pruebas y categóricas.

A pesar de ello había mantenido en vigor las disposiciones tomadas por su ministro de Policía y no se cuidó de anular aquella extraña misa de los muertos á la cual debía asistir una parte de la guardia del palacio en la capilla de la corte, misa que se celebraba, según decían, por el reposo del alma del Archiduque Adolfo, pues si la ciudad, muy preocupada como estaba por la rebelión no conocía aún en su integridad el

drama de Mayerling, en cambio no se había podido ocultar durante muchas horas en palacio el fin trágico del desdichado príncipe y todo el esfuerzo de la policía y del Burg se encaminaba á propalar la difícil versión de que se había dado la muerte en un momento de delirio que le privó de sus facultades mentales, — esto último era necesario para las consecuencias religiosas del acto. Agregaban que la baronesa de Aquila, locamente enamorada del príncipe, no había podido sobrevivirle y se había dado la muerte á la cabecera de su lecho. Sabemos de buena fuente que se tomaron todas las precauciones posibles para que la verdad no fuera divulgada.

Solamente el Rey de Carintia y el Príncipe Rojo sospechaban una parte de la verdad de los hechos y se esforzaban por disimular el terror que los sobrecogió cuando tuvieron conocimiento de esa muerte misteriosa precedida de la última aparición de la *Dama blanca* y de la terrible noticia de la supervivencia de Jacobo Ork. Y decimos que disimulaban ese terror con frases extravagantes y furor de represalias que los había impulsado á errar durante todo el día por el palacio, maldiciendo y proclamando que si los dejaban en libertad de obrar, pronto acabarían con toda esa canalla y someterían á los enemigos del imperio. Su táctica toda se condensaba en esta única frase: « Cañonear y disparar sobre el montón! » Naturalmente Riva se las arregló para alimentar tan oportuno entusiasmo; revelóles su plan y ambos juraron ordenar el fusilamiento de los bandidos federales y servir ellos mismos de cañoneros si por casualidad no encontraban.

El emperador, que había permanecido durante todo el día en su gabinete preso de mortal abatimiento, terminó por fatigarse de oírlos rugir tras de su puetra

é hízolos comparecer en su presencia. Riva se hallaba presente á la entrevista. El emperador suplicó á aquellos dos energúmenos que permanecieran tranquilos, mas éstos respondieron que era inútil tomar tantas precauciones cuando no se tenía la resolución de defenderse y que estaba por demás vigilar un subterráneo con cañones cuando no se les quería emplear en la defensa.

— Si los insensatos se presentan, replicó Francisco, é intentan dar curso á su proyecto, siempre habrá tiempo de hacerlos prisioneros.

Riva intervino en esta forma:

— Para juzgarlos luego... Paréceme á mí, Majestad, que la única cosa que es preciso evitar á todo trance es un proceso. Conmigo se acaban aprisa los procesos, pues comienzo por la sentencia de muerte, que es lo más práctico, pues así se evitan charlatanerías inútiles. Esas gentes hablarán de Reinaldo y quizás de alguien más, lo cual haría mucho daño.

— ¿De quién más hablarían?

— De la persona á quien llamabais ayer en voz tan alta que lo oyeron los criados de Annagasse: de Jacobo!

Faltáronle las fuerzas al emperador para seguir escuchando:

— Tráeme pruebas, Riva, *pruebas!*

Ah! ahora tenía las pruebas el Señor de Riva y al penetrar en el palacio oprímíalas nerviosamente contra su pecho y pensaba en que esos papeles suministrados por miss Arbury iban á decidir su victoria sobre Brixen. Y qué victoria! Después de un golpe de mano tan violento no le quedaba más camino al primer ministro que renunciar.

Riva estaba seguro de su victoria.

Sabía que aun tenía por delante un cuarto de hora y quizás más para que empezase la misa y ya que los conjurados estaban encerrados en el subterráneo, la matanza se ejecutaría en la forma y en el momento que escogiesen!

Encontró al emperador en su gabinete. Sucedió lo previsto.

Cuando Francisco hubo leído aquellas cartas que tan cuidadosamente habían sido rotas en pedazos, pero que más cuidadosamente aun habían sido reconstituídas por habilidad de la administración de miss Arbury, cartas sustraídas de los domicilios de los principales patriotas ilirios ó magiars establecidos en Viena y que habían brindado hospitalidad á los confederados federales, y en las cuales aparecía claro que todos ellos aguardaban el terrible acontecimiento anunciado por el anónimo corresponsal, « El Caballero Sin Nombre », quien les suplicaba en nombre de « los dos y cuarto » suspendiesen toda acción política ó revolucionaria antes de ocurrir el citado acontecimiento, permaneció silencioso. Miró á Riva é hizo una señal que comprendió el ministro de Policía: le entregaban á los conjurados, á los amigos de la bodega, los « wirthshauslinder », los hermanos de la taberna.

Riva dijo:

— Con el *Ite missa est* todo concluirá.

Luego desapareció.

Francisco permaneció algunos instantes inclinado sobre su escritorio, con las manos extendidas y la cabeza baja, en la actitud del completo anonadamiento. Estremeciéndose de pronto al escuchar una voz que sonó junto á él con entonación acariciadora. Alzó su pobre semblante devastado por la agonía de la resolución que acababa de tomar y por el dolor y los remordi-

mientos que no lograron extirparle de la conciencia todas las habilidades sofisticadas del padre Rossi. Al reconocer á Regina, exhaló un suspiro y tendióle los brazos.

— Hija mía querida, murmuró él, eres tú quien viene aún á consolarme; ¿por qué no te has acostado? *Hace una hora me prometiste irías á descansar.*

Preguntóle por Tania, á quien no había visto en toda la tarde, y que se hallaba ligeramente indispuerta según le había dicho la misma Regina *una hora antes.*

— Mi hermana está durmiendo con tranquilidad, respondió Regina, y era inesperado ese reposo porque la horrorosa noticia la impresionó á tal punto que me vi obligada á llevarla al lecho por mis propias manos.

— Regina, ¿viste á la emperatriz? preguntó bruscamente Francisco que parecía otra vez víctima de mortal abatimiento.

La joven princesa respondió que se había presentado en los aposentos de la emperatriz Giselda, pero que la condesa de Han, primera dama de honor, hábale respondido que Su Majestad se hallaba en el oratorio y había dado órdenes para que no la interrumpiesen en sus oraciones. Al oír tales palabras de boca de Regina, el emperador dobló aún más la cabeza. También él se había presentado en los aposentos de la emperatriz y le habían dado la misma respuesta. Giselda se negó á recibirlo, pues quería llorar á su hijo á solas ante Dios, llorar á su Adolfo de cuya muerte hacía responsable al emperador por haberlo casado contra su voluntad y contra el deseo de la emperatriz.

Habíase levantado Francisco segundos antes, cada vez más inquieto, más horriblemente nervioso.

Un amplio continaje pendía de las ventanas del gabinete de trabajo que daba sobre el patio. Con gesto

tembloroso apartóle el emperador é inmediatamente reflejaronse sobre las blancas paredes de la pieza los fulgores del incendio que consumía el barrio del hospital y las afueras de la ciudad. Luces siniestras llegaban de las calles adyacentes y en la gran plaza se oían disparos de fusil. Los manifestantes acudían hasta los propios muros de la Hofburg que en un momento dado pudo creerse sitiada. La turba audaz y ululante llegó hasta las verjas del patio de honor, tras de las cuales acantonóse todo un regimiento con la bayoneta calada. Oíanse los gritos breves de las órdenes militares seguidos de silencios inquietantes. Francisco pensó que Riva hacía bien las cosas y que al día siguiente tendrían todas las excusas necesarias para justificar las matanzas de la noche. El emperador temblaba, aunque no de miedo pues era valeroso y lo había probado en los campos de batalla; además estaba convencido de que nada debía temer personalmente por parte de su pueblo; temblaba porque esperaba de un momento á otro el trueno que sacudiría hasta los cimientos la vieja Hofburg, la descarga de metralla que había de vengar la muerte del archiduque Adolfo y destruir á sus asesinos... ó por lo menos á los cómplices... porque muy seguro estaba de que el gran culpable no se hallaba entre ellos y era quizás esa reflexión lo que más lo hacía estremecerse. Dejó caer el cortinaje, que no tenía alientos para sostener, y esperó tras de ese velo rojo con los puños crispados. Regina, con el ceño fruncido y la mirada dura, esperaba también, pues *estaba enterada*. Entró al gabinete del emperador en momentos en que Riva salía triunfante y tanto la alegría satánica que revelaba el semblante del gran maestro de la policía como el horroroso abatimiento del emperador hicieronle comprender cuanto sucedía.

Díjole Francisco :

— Larga es esa misa!

Regina completó en voz alta el pensamiento del emperador.

— El Señor de Riva dijo : « Con el *Ite missa est* todo concluirá ! »

— ¿Oíste lo que dijo? suspiró Francisco palideciendo.

— Sí, Majestad, y los traidores y asesinos serán castigados!

En aquel momento abrióse la puerta secreta del gabinete y Franz Holtzchener, vestido de Jesuita, fué introducido por Ismail, que permaneció en el umbral.

— ¿Qué hay? preguntó Francisco.

El Jesuita respondió con vivacidad :

— Pues que mataremos dos pájaros con un solo tiro, Majestad. Nos desembarazaremos á un tiempo mismo de los delegados y de los « dos y cuarto ». El *ban* de Croacia los acompaña. ¿Y sabéis quién es ese *ban*? El propio Reginaldo de quien os hablaron Brixen y Riva...

— ¿Está con los demás en el subterráneo? preguntó Francisco con voz apagada.

— Majestad, *yo mismo lo encerré en el subterráneo!*

Un terrible grito los hizo voltear á ambos.

Erguíase Regina ante Francisco y Holtzchener más pálida y más blanca que la bata en que se envolvía : estaban sus ojos extraviados y la boca abierta aunque muda, parecía gritar aún. Luego, súbitamente, saltó sobre el Jesuita, lo agarró por el cuello, lo arrojó como un trapo á un rincón de la pieza, apartó brutalmente á Ismail y se hundió como una furia por el hueco negro de la puerta secreta.

— ¿Qué le sucede? ¿A dónde va? gritó el emperador.

Ismail respondió :

— A la Capilla, Majestad. Este camino conduce á ella.



Stella debía conocer todos los dédalos de la vetusta fábrica y sus más ocultos pasadizos. Muy amenudo debió recorrer aquellos salones secretos, aquellos pasadizos ignorados por la mayor parte de las personas que frecuentaban la Hofburg, pues no titubeó un minuto en la dirección que debía tomar. Más que caminar, volaba... Si alguien la hubiese sorprendido deslizándose por las viejas murallas del palacio en aquel minuto trágico, de seguro habría creído que veía de nuevo la sombra temida de « la Dama blanca » y habría afirmado al día siguiente que la « Dama blanca » tenía alas!

Por velozmente que corra ¿logrará llegar á tiempo? Aun ese corredor... esa puerta... y aquella escalera... y luego aquella otra puerta... y por último... la Capilla!

Oye un grito!... Resuena una orden!... Ruido de armas!... la terrible voz del Príncipe Rojo, el aullido de Leopoldo Fernando, y Regina, cual blanca aparición, surge en la capilla en momentos en que se abre la puerta del subterráneo donde se hallan los conjurados por orden de los dos príncipes.

— No disparéis! exclamó llegando de un salto hasta los cañones sobre los cuales se inclinaban ya los artilleros de Bosnia.

— Fuego! rugió Leopoldo Fernando.

La puerta del subterráneo estaba abierta de par en par y del fondo de aquel agujero oscuro subían terribles imprecaciones mezcladas de todos los gritos del terror, gemidos de la bestia acosada que va á morir, súplica suprema de los condenados que tocan al último minuto de su destino. Todo aquello empezó desde el momento en que chirrió la puerta, abriéndose lentamente para dar paso al suplicio y fué creciendo como crece el cla-

moreo desgarrador del huracán que se retuerce en el fondo del horizonte, y aquello venía del fondo, del propio fondo de aquel agujero donde se retorcián como condenados los buenos *amigos de la bodega* traidores á su causa y traidores á su patria, aferrados los unos contra los otros, racimo de demonios que iba á convertir en polvo el disparo de metralla.

Solo en el umbral de la capilla de los muertos, de pie ante aquel hueco oscuro y sonoro, impasible, con los brazos cruzados aguardando el rayo, permanecía Reginaldo. Y de pronto, mientras Leopoldo Fernando rugía la orden de « Fuego », Reginaldo lanzó un grito en respuesta al grito del Rey de Carintia, grito de amor y de victoria: « Stella »

Y el *ban* tuvo tiempo de pensar que aquel postrer segundo de su vida era milagroso, puesto que le permitía ver á aquella que ocupaba por entero su cerebro, ese cerebro que ya iba á morir.

Stella! Era ella, que parecía bajar del cielo como el ángel de la liberación, con grandes alas blancas á aquella capilla en que acababan de hacerle oír á Reginaldo *la misa de los muertos!*... ¿Acaso lo había precedido en la tumba la Reina del Aquelarre para que el Señor, Dios de los ejércitos y príncipe de los gitanos, la enviara á recoger el alma de su Reginaldo en momento que iba á dejar la tierra?

Y sin embargo, no. No era alucinación, ni falaz visión de sus sentidos enloquecidos, era ella, la Stella que vive, que corre, que grita: « No disparéis! » Ah! y también es su voz, su voz de mando y de cólera que en varias ocasiones escucharon los oídos del hermano de Myrrha y del amante de « la colchonerita », voz sonora, ardiente, terrible cuando habla « al enemigo » ó cuando habla « del enemigo » .. Su voz atronadora

que despertó todos los viejos ecos de la capilla de los muertos para cubrir con ellos el segundo aullido de Leopoldo Fernando, que repite, con su jeta espumante de dogo: « Fuego! »

Mas los cañoneros han reconocido á su princesa Regina y dudan entre Leopoldo Fernando que les ordena disparar y la gemela de Carintia que les grita:

— En nombre del emperador, no disparéis!

— En nombre del emperador, fuego!

Aun no ha retumbado el trueno. El oscuro agujero del subterráneo vuelve á gemir de esperanza y la inmundada tropa de conjurados, hormigueante y rampante tras de Reginaldo que la rechaza con el pie, tiende brazos que imploran. Todo esto sucede en el espacio de un segundo, lo que tarda el rayo, que aún no ha brillado, el trueno que aun no ha retumbado.

Mas Carlos, duque de Bramberg, á quien no en vano apellidan « El Príncipe Rojo » resolvió darle fin á aquella terrible y rápida escena de manera digna de su reputación. Apartó á los cañoneros bosnios que titubeaban y dispúsose á ejecutar la fúnebre tarea. Ya se inclinaba sobre los cañones cuando Regina, que vió aquello, arrojóse ante la boca de acero que amenaza al pecho de Reginaldo y tranquilamente victoriosa de bruto que ha suspendido su ademán fatal, le dice:

— *Disparad, Señor Carlos, y matad á vuestra esposa que prefiere morir antes que dejaros ejecutar un acto que le impediría amaros!*

— ¿Cuál es acaso la orden del emperador? preguntó el Príncipe Rojo que recobró su sangre fría al escuchar esa voz tan decidida, esa voz que no podía oír sin sentir inmediatamente que se le ablandaba su rudo corazón.

— No matar á esas gentes y aprehenderlas, respondió la princesa.

— No es esa la orden que nos transmitió el Señor de Riva, dijo Leopoldo Fernando.

Pero ya había bajado al subterráneo una parte de la guardia que aprehendió á los conjurados, quienes enmudecían aturdidos por la gracia inesperada que venía á salvarlos y que parecía haberles quitado la vida más seguramente que si hubieran disparado la metralla sobre ellos.

Regina dijo con frialdad á Leopoldo Fernando:

— Padre mío, salí del gabinete de Su Majestad en momentos en que quería venir personalmente á daros la orden que acabo de comunicaros y me felicito de haberme encargado de hacer la comisión, porque seguramente el emperador habría llegado demasiado tarde.

Volvióse hacia la tropa prisionera de los delegados federales y sus cómplices y vió en medio de ellos á Reginaldo que conservaba su altanera actitud de jefe. Observó que la examinaba con ojos de loco.

Cuando se arrojó sobre la boca de los cañones habíasele caído el velo que flotaba sobre su cabeza descubriendo aquella admirable cabellera negra tan famosa en Viena y que la mecha blanca que le caía sobre la frente no hacía sino dar más realce á su color de « ala de cuervo ». Al percibir tinieblas allí donde esperaba ver fulgurar la cabellera de oro de Stella, dudó Reginaldo del testimonio de sus ojos. Había reconocido á Stella, había oído su voz y era otra quien lo salvaba!... Era otra quien llamaba « padre » al rey de Carintia y hablaba al duque de Bramberg como una esposa á su marido!... Era otra quien se hacía obedecer con respeto y temor por los guardias del palacio!... otra era la mujer ante quien se inclinaba El Príncipe Rojo! Ah! indudablemente, mejor era eso! Y parecía magnífico, excelente que fuera otra puesto que había dicho amar

al Príncipe Rojo! Mas los ojos de Reginaldo enloquecieron con sólo lo que habían creído, con haberla confundido durante un momento con Stella!... Tal semejanza en la fisonomía y en la voz era asombrosa! A decir verdad jamás se sabrá hasta dónde puede llegar la naturaleza en ese juego de semejanzas! Afortunadamente, oh! gran Dios, Dios de los gitanos y de la Puerta de Hierro, la cabeza que en derredor suyo agita las pesadas y negras sombras de la noche no puede ser la misma que cuando se mueve lanza fulgores de aurora!

Los ojos de Reginaldo y los de la Princesa Regina acaban de cruzarse. Qué choque más terrible el de aquella doble mirada! El tambaleó y por primera vez durante aquella noche magnífica en que había tenido la muerte sobre su cabeza á cada instante, sintióse débil y tembloroso. Mas ella... ella permaneció tranquila, fría, indiferente.

Puesto que llegó á tiempo para hacer cumplir la orden del emperador, ¿qué le importa lo demás? ¿ni las consecuencias de lo sucedido? ¿Y qué puede interesarle, entre esa muchedumbre de cobardes, la suerte del joven valeroso que la contempla con ojos extraviados? ¿Qué significa un Reginaldo ante la princesa Regina?

...Y como los soldados custodiaran á los prisioneros durante el último paseo que harían antes de la prisión y del cadalso, ya al salir Reginaldo y sus compañeros de la capilla de los muertos en dirección á la prisión de la Sterngasse — la prisión de la calle de la Estrella! — acercóse la princesa Regina á los desdichados que salvó... y púsose á examinarlos uno por uno con fría indiferencia, pasando del uno al otro sin que ninguno atrajera más tiempo su atención... ni

siquiera Reginaldo... que al sentirla tan próxima sintió desfallecerle el corazón y articuló castañoleando los dientes.

— Stella!

O, ólo ella, mas sin duda creyó que aquel joven tan pálido que conducían á los calabozos de la prisión de la Estrella se dirige á otra en pensamiento y en sueño, pues ni siquiera se estremeció.

Entonces alejóse el joven entre los guardas pensando en tan singular misterio.

Era la primera vez, por lo menos así lo creía él, que Reginaldo se hallaba frente á frente de una gemela de Carintia... (1).

(1) Por allá en tiempos de la revolución de 1848, produjéronse en derredor del palacio imperial de Viena (Austria) y en el propio recinto del palacio algunos hechos que recuerdan singularmente los que se desarrollan en derredor de la Hofburg y en el palacio del emperador Francisco, monarca de Austrasia, durante el relato de nuestra novela. He aquí por ejemplo lo que se lee en la interesantísima obra del Señor Enrique de Weindel, *Francisco José íntimo*: « Ya no retrocedían los manifestantes; terribles combates se empeñaban en las vías vienasas; tanto en derredor de la Hof donde se encuentra el arsenal, como en el Horbemark, donde se levanta el palacio de Justicia, y aun en los alrededores de la Hofburg ó palacio imperial. En este último lugar se produjo un hecho muy curioso: custodiaba una de las puertas un alférez de artillería con sus soldados y dos cañones. Eran las nueve de la noche y en la plaza manifestaban alborotadamente. El archiduque Maximiliano de Este salió del palacio y ordenó « disparar sobre la montonera y acañonear á la canalla! » (Cabe observar aquí que la iniciativa de los archiduques en Austria á la par que la de los Grandes Duques en Rusia, fué en todo tiempo perjudicial y desastrosa). El alférez se permitió observar al príncipe que la manifestación no era tan grave como para necesitar de medida tan extremada. El archiduque, airado, reiteró la orden de disparar. Replicó el alférez que sólo podía obligarlo á emplear semejantes medios una orden del mismo emperador. El archiduque ordenó personalmente á los artilleros que hicieran fuego. Colocóse el alférez frente á la boca de un cañón y declaró en voz alta que si sus soldados obedecían al archiduque, él, su jefe, sería la primera

víctima de tal obediencia. Los soldados no se movieron y Maximiliano de Este, echando espumarajos, volvió á sus aposentos de la Hofburg. Contaba ya el alférez con las peores consecuencias por lo sucedido cuando ocho días más tarde publicó el *Diario Oficial* la nota siguiente :

« El valiente que durante el servicio del 1° de Marzo evitó una catástrofe negándose dos veces seguidas á obedecer la orden que le intimaba disparar sobre la muchedumbre, y que luego se colocó frente á la boca de un cañón asegurando que si sus cañoneros disparaban, él sería la primera víctima, ese valiente se llama el alférez Juan Pollet. »

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

## LIBRO QUINTO

### LA PROMETIDA DEL PRÍNCIPE ROJO

#### I

#### LA PRISIÓN DE LA CALLE DE LA ESTRELLA

Cuando se atravesaba la Hofburg y se pasaba por la calle de los Judíos, encontraba uno á mano izquierda una estrecha y sucia callejuela llena de charcas fétidas y no muy adelante se divisaba una vieja construcción siniestra en el fondo de una calle tapada : era la prisión de la calle de la Estrella. Victor Tissot hace la siguiente descripción de una prisión de la Estrella semejante en todas sus partes á la que nos ocupa y que está situada en Austrasia, lo cual es preciso no olvidarlo : « Estrechas ventanas con barrotes negros y macizos dan vista sobre los techos de las casas vecinas. Entre un muro de tres pies de espesor ábrese lúgubramente una puerta enorme y siniestra, pintada de blanco y negro. La desnudez de la fachada, el frío silencio que la envuelve, la gran sombra de claustro que dibuja sobre la calle y el involuntario sentimiento de repulsión que se experimenta al contemplarla, os indican de